

más al destino. No, no es posible que el genio de Francia se haya velado para siempre y que la gran nación se deje quitar su puesto en el mundo por una invasión de 500.000 hombres.» La historia, comparando las faltas cometidas por los principales actores del gran drama, por Trochu, por Julio Favre, por el mismo Thiers, con las faltas que pudo cometer Gambetta, ha declarado que estas fueron menos graves que aquéllas; y si concedió a los primeros el beneficio de las circunstancias atenuantes, ha pronunciado un fallo absolutorio en favor del que fué el alma de la Defensa nacional.

VI

El 26 de enero, á las doce de la noche, se había disparado el último cañonazo del sitio; cuarenta y ocho horas después, había cesado la resistencia de París—y la de Francia al mismo tiempo—por voluntad del gobierno de la Defensa nacional. Graves faltas fueron la de dejar las armas á la guardia nacional y la de exceptuar del armisticio á Belfort con tres departamentos, pero más grave fué la de negociar y capitular sin conocimiento de causa respecto á Francia entera. Una vez sitiado, París vino á ser una plaza fuerte como todas las demás, la más importante, sin duda, pero sometida á las mismas leyes, no pudiendo tratar militarmente más que por cuenta propia. Así lo había comprendido desde luego el gobierno y los poderes dados á Julio Favre habían sido limitados en este sentido. Pero desde la primera entrevista, celebrada el 23 de enero, entre el ministro francés de Negocios extranjeros y el canciller, tratóse de la situación general de Francia, de su situación política y militar. Bismarck fingía querer tratar con el ex emperador, hablando de los ejércitos de Chanzy, de Faidherbe y de Bourbaki, y no exclusivamente de París, reducido por el hambre á aceptar sus condiciones. En París, como en el cuartel general prusiano, eran conocidas las disposiciones de Gambetta y se temía su resistencia á resoluciones tomadas sin su intervención y en contra de él. Julio Favre regresó á París, y en los consejos celebrados el 24 y el 25 de enero en el Louvre, el gobierno le amplió los poderes al extremo de que, vuelto á Versalles, el ministro de Negocios extranjeros pudo concluir con el canciller la suspensión de hostilidades haciéndola extensiva á toda Francia.

El armisticio empezó para París el 28 de enero y para los departamentos el 31; su duración era de veintidós días. Una distancia de diez kilómetros al menos había de separar las avanzadas de ambos ejércitos beligerantes. El armisticio se aplicaba igualmente á las fuerzas navales, adoptando el meridiano de Dunkerque como línea de demarcación. Las operaciones militares en los departamentos del Doubs, del Jura y de la Costa de Oro, y en el sitio de Belfort continuaban independientemente del armisticio. Este tenía por objeto, como queda dicho, permitir al gobierno de la Defensa nacional la convocación de una asamblea libremente elegida que había de reunirse en Burdeos y pronunciarse por la paz ó la guerra. Los fuertes de París y su material de guerra habían de ser entregados al ejército alemán, que se abstendría de entrar en la plaza durante el armisticio. La guarnición de dichos fuertes quedaba hecha prisionera de guerra, exceptuando una división de 12.000

hombres conservada para el servicio interior, deponía las armas que habían de ser entregadas por comisarios, y no podía salir del recinto fortificado mientras durase el armisticio. Los oficiales conservaban sus armas. Si del armisticio no resultaba la paz, los oficiales y soldados que se encontrasen en París tenían que constituirse prisioneros del ejército alemán.

La guardia nacional, encargada del sostenimiento del orden, conservaba sus armas, como la gendarmería y las tropas asimiladas del servicio municipal, guardia republicana, carabineros y bomberos, con la condición de que el número de hombres de esta última categoría no excediese de 3.500. Todos los cuerpos francos habían de ser disueltos por orden del gobierno francés. El comandante en jefe de los ejércitos alemanes daría toda clase de facilidades para el abastecimiento por vías fluviales y terrestres; pero este abastecimiento no podía operarse en la región ocupada por los alemanes: las provisiones tenían que ser recibidas fuera de la línea de demarcación.

La ciudad de París había de entregar una contribución de guerra de 200 millones, pagaderos antes del décimoquinto día del armisticio.

Había de procederse inmediatamente al canje de prisioneros de guerra en Amiéns, el Mans, Orleans y Vesoul.

Finalmente había de organizarse, por medio del cuartel general de Versalles, un servicio postal para las cartas no cerradas, entre París y los departamentos.

El 28 de enero, á las diez de la noche, Favre y Bismarck pusieron su firma al pie del convenio, y el ministro francés, de acuerdo con el canciller, redactó, antes de volverse á París, el telegrama siguiente que Bismarck se encargó de transmitir á Gambetta:

«Firmamos hoy un tratado con el señor conde de Bismarck. Hemos convenido en un armisticio de veintidós días. Se convoca una asamblea en Burdeos para el 15 de febrero. Dad á conocer esta noticia á toda Francia. Haced ejecutar el armisticio y convocad á los electores para el 8 de febrero. Un miembro del gobierno va á partir para Burdeos.»

Inútil es decir el efecto que produjo este telegrama inesperado y la indignación con que lo leyó Gambetta. Notificólo, sin embargo, el mismo día de recibirlo, á todos los generales puestos al frente de cuerpos de ejército, á los prefectos y subprefectos de toda la nación. El *Moniteur* del día 1.º de febrero publicó un manifiesto al país, redactado por Gambetta, que lo firmó con Cremieux, Glais-Bizois y Fourichón, y en el que sobresalían los pasajes siguientes:

«Se ha firmado sin nuestro conocimiento, sin que se nos haya advertido ni consultado, un armisticio cuya culpable ligereza no hemos conocido sino tardíamente, que entrega á las tropas prusianas los departamentos ocupados por nuestros soldados y nos impone la obligación de permanecer tres semanas en reposo para reunir, en las tristes circunstancias que atraviesa el país, una asamblea nacional.

»Hemos pedido explicaciones á París y guardado el silencio, pues para hablarlos esperábamos la prometida llegada de un miembro del gobierno, al que estábamos resueltos á entregar nuestros poderes. Como delegación del gobierno, hemos querido obedecer, á fin de dar una

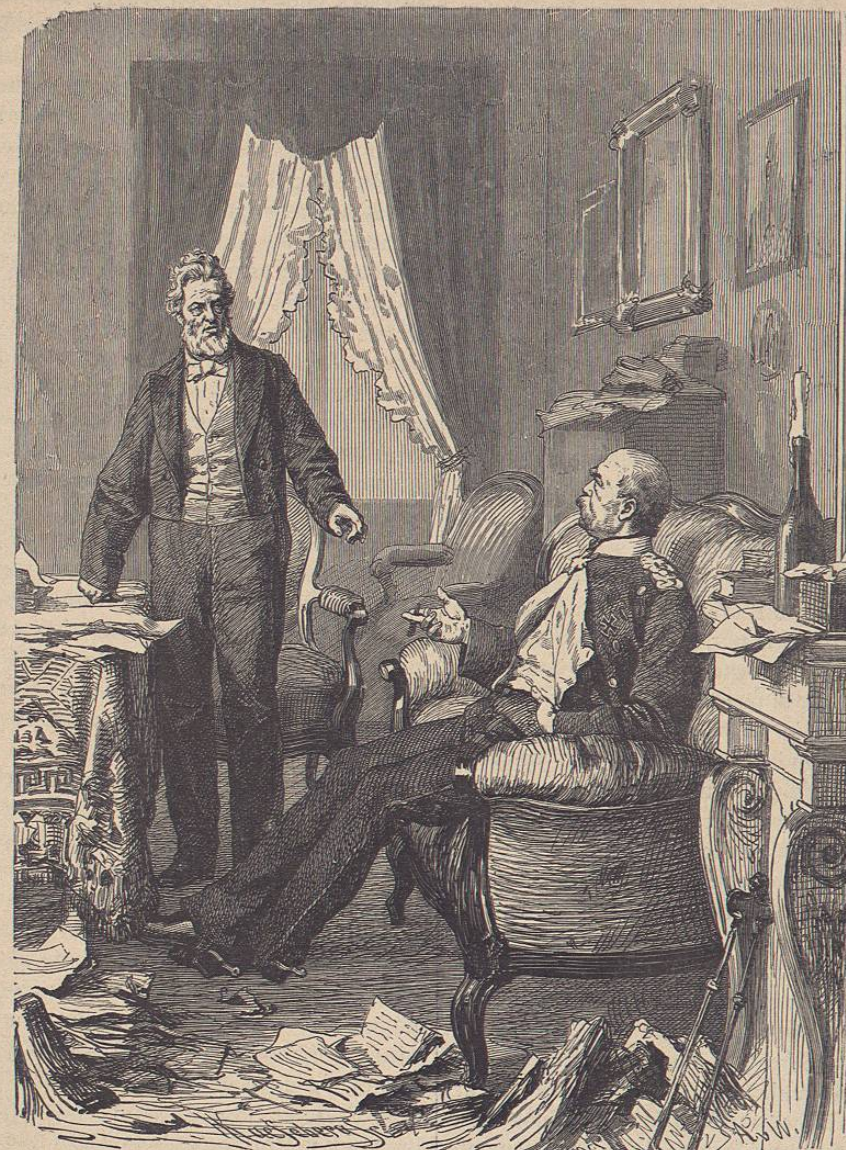
prueba de moderación y buena fe, á fin de cumplir con el deber que obliga á no abandonar un puesto sin haber sido relevado...

»Pero nadie viene de París y es preciso obrar: es preciso destruir á toda costa las pérfidas combinaciones de los enemigos de Francia.

»Prusia cuenta con el armisticio para debilitar, ener-

pera el extranjero, instalemos una asamblea verdaderamente nacional, republicana, deseosa de la paz si la paz asegura el honor, el rango y la integridad del país, pero capaz de querer también la guerra, y dispuesta á todo, antes que ayudar al asesinato de la Francia.

»No, no se encontrará un francés que firme esa acta



Bismarck y Julio Favre durante las negociaciones, en casa de la señora Jessé, de Versalles

var y disolver nuestros ejércitos; Prusia espera que una asamblea, reunida después de sucesivos reveses y bajo el golpe de la terrible caída de París, temblará necesariamente y estará dispuesta á aceptar una paz vergonzosa. De nosotros depende que esos cálculos aborten y que las circunstancias mismas que han sido preparadas para matar el espíritu de resistencia lo reanimen y exalten.

»Hagamos del armisticio una escuela de instrucción para nuestras noveles tropas empleamos estas tres semanas en preparar, con más ardor que nunca, la organización de la defensa, de la guerra.

»En vez de la Cámara reaccionaria y cobarde que es-

infame; el extranjero sufrirá un desengaño; tendrá que renunciar á mutilar á Francia, porque, animados todos del mismo amor por la madre patria, impasibles en los reveses, seremos fuertes y arrojuremos al extranjero.

»Para alcanzar tan sagrado fin, es necesaria la abnegación de nuestros corazones, de nuestras voluntades, de nuestra vida y (sacrificio más difícil quizá) de nuestras preferencias.

»...Sin pasión ni debilidad, juremos simplemente, como hombres libres, defender, á todo trance, la Francia y la República.

»¡A las armas!»

En estas palabras palpitaba indudablemente el alma

de la patria. Claro es que no interpretaba los sentimientos de los que, cansados de la lucha, sólo aspiraban al reposo, ni de los hábiles que veían en la caída de París una ocasión de firmar la paz; y los acontecimientos no tardaron en demostrar que ni siquiera interpretaban el pensamiento de la mayoría de los franceses. Pero ¿quién hubiera podido reprender una sola palabra de aquella hermosa arenga, inspirada en el más ardiente patriotismo?

El gobierno de París contestó al manifiesto de la Delegación de Burdeos acusando al ministro de la Guerra de haber detenido al general Chanzy, que quería ir en auxilio de la capital, y de haberle dado orden de retirarse al otro lado del Mayena.

No era esta la única causa de disenso entre París y Burdeos. París quería que los electores pudiesen votar cualquier candidato. Burdeos quería que los antiguos candidatos oficiales fuesen excluidos de las listas electorales. París tuvo la desgracia de ser apoyado por Bismarck, que sostenía que la exclusión dictada por la delegación de Burdeos era contraria a una de las cláusulas del armisticio. Gambetta estaba equivocado acerca de la influencia y la popularidad de los imperialistas; no habían de entrar en la asamblea nacional más que una docena de bonapartistas declarados y dos docenas de bonapartistas vergonzosos.

Desde el 1.º hasta el 6 de febrero, en la mezquina lucha que hubo entre el representante del gobierno de París y la Delegación de Burdeos, las verdaderas cuestiones, la de la guerra ó la paz, la del armisticio firmado sin contar con los delegados, desaparecieron completamente para ceder el puesto á la lucha electoral.

Después de un viaje de más de veinticuatro días, Julio Simón había llegado á Burdeos el día 1.º de febrero. El representante del gobierno de París encontró desconocida á la pacífica ciudad girondina que, año y medio antes, lo había elegido para el consejo general y para el Cuerpo legislativo; no encontró más apoyo que el de los reaccionarios y el de Thiers, cuyo hotel se había convertido en centro de la oposición á la Delegación, aunque esta oposición influyó poco en el espíritu público de Burdeos. El mismo día de la llegada de Julio Simón, el Consejo municipal y su alcalde, Sr. Fourcaud, se presentaron en el hotel Sarget, donde se reunía la Delegación, para ofrecer á Gambetta y á sus colegas su concurso incondicional. Encontrando á los individuos de la Delegación irreductibles y la opinión manifiestamente hostil, Julio Simón se guardó de atacarla de frente y de hacer uso de los poderes que el gobierno de París le había conferido. El apoyo eventual del general Foltz, que mandaba la división, no le pareció una garantía suficiente de éxito. Limitóse á notificar á los directores de los periódicos reaccionarios que el gobierno de París había publicado en 29 de enero un decreto electoral que se diferenciaba del de la Delegación en que no excluía ningún candidato. Hecho esto, esperó el refuerzo pedido á París por medio del Sr. Liouville. El mismo día en que éste salió para la capital, partió también para el mismo punto Cremieux, enviado por sus colegas de la Delegación; encontró á los Sres. Arago, Pelletán y Garnier-Pagés en Vierzon, volvió con éstos á Burdeos el 4 de febrero y la situación se solucionó el día siguiente con la retirada voluntaria de Gambetta, á quien reem-

plazó Manuel Arago en el ministerio del Interior. Julio Simón, con su tacto habitual, se había eclipsado ante la antigua notoriedad republicana de Arago.

Las elecciones se efectuaron el día 8 de febrero en toda Francia, y ya hemos visto en uno de los capítulos anteriores cuál fué su resultado. A los patriotas que le aconsejaban la guerra á todo trance, el sufragio universal contestó aclamando la paz á toda costa. Entonces Bismarck pudo fijar, con la seguridad de ver aceptadas sus proposiciones, la cuantía de los sacrificios que había que imponer á Francia.

Apenas proclamados, los diputados se trasladaron en masa á Burdeos, donde celebraron el 12 de febrero una sesión preparatoria, bajo la presidencia del de más edad, Sr. Benoist-d'Azy, y el 13 su primera sesión pública, consagrada á la entrega en manos del presidente de la asamblea de los poderes que el gobierno de la Defensa nacional había asumido el 4 de septiembre.

Esta entrega de poderes, sencilla y solemne á la vez, fué verificada por el vicepresidente del gobierno de la Defensa nacional, Sr. Favre, que pronunció, entre otras palabras, las siguientes: «Gracias á vuestro patriotismo, gracias al ardor de todos, lograremos vendar las heridas de nuestra querida patria y reconstituirla su porvenir. A vosotros toca realizar esa gran obra. Nosotros (los miembros del gobierno) no somos ya nada, sino vuestros justiciables, dispuestos á responder de todos nuestros actos. Mientras tanto, deposito sobre la mesa de la asamblea la siguiente declaración: Los miembros del gobierno de la Defensa nacional tienen el honor de depositar sus poderes en manos del presidente de la asamblea nacional. Permanecerán en su puesto, para el mantenimiento del orden y la ejecución de las leyes, hasta que se les releve.»

Así terminó la agitada existencia del gobierno de la Defensa nacional. Los partidos, injustos y apasionados, reprocharon á los hombres del 4 de septiembre más bien su origen que su fin y más bien la insurrección que la capitulación. En 4 de septiembre, la Francia entera fué cómplice de los que aceptaron la desastrosa herencia del imperio. Desde el 23 hasta el 28 de enero, si los negociadores de la capitulación cometieron alguna falta, fué la de hacer extensiva á toda Francia la capitulación misma y exceptuar de ella á Belfort y á tres departamentos sin conocer la situación. Desde el día en que Julio Favre se presentó en Versalles por primera vez, Bismarck y Moltke comprendieron que los ejércitos de Manteuffel y de Werder, combinando sus movimientos, vencerían á los 130.000 hombres indisciplinados y demoralizados que constituían el ejército francés del Este y cuyo mando había sido confiado á Clinchant, después de la tentativa de suicidio de Bourbaki.

Clinchant se hallaba ya envuelto al Norte y al Sur por los alemanes cuando se le transmitió de Burdeos la noticia del armisticio. Era el 29 de enero. ¿Podía el general francés escapar al alcance del enemigo? No nos atreveríamos á afirmarlo; pero si recordáramos que cuarenta y ocho horas después de aquella inmovilización del ejército del Este, cuando Clinchant salió de Pontarlier y se refugió con sus tropas en Suiza, Cremer pudo aún llevar á Lyon un cuerpo de 15.000 hombres; y recordáremos sobre todo, que el movimiento de los alemanes continuó y fué más activo, después de la firma del

armisticio, á partir del 29 de enero. Si en aquel momento Manteuffel, Werder y Clinchant, inmovilizados por el armisticio, habían permanecido en sus posiciones, el ejército francés, ocupando una larga y estrecha faja de terreno, entre las tropas alemanas al Oeste y la frontera suiza al Este, formaba una fuerza organizada de cerca de 100.000 hombres, poco sólida en verdad, extenuada por la marcha y las derrotas, pero inquietante aún para el enemigo en razón de su número que exigía un número casi igual de alemanes para contenerla. Esto era, sobre todo, lo que el Estado mayor alemán había querido evitar. Las negociaciones se habían entablado de tal modo que el resultado era fatal. La responsabilidad no recaía sobre el general Beaufort-d'Hautpoul, ni sobre el general Valdán, sino sobre el gobierno de la Defensa nacional y particularmente sobre Julio Favre. En cuanto se refiere á las estipulaciones relativas á las provincias y á la posición respectiva de los ejércitos, la negociación entre Bismarck y Julio Favre parecía una lucha entre dos hombres de los cuales uno llevase los ojos vendados. El gobierno de París no tenía derecho á tratar de los ejércitos de las provincias prescindiendo de los jefes de estos ejércitos y del ministro de la Guerra. Señalando la línea de demarcación, sin previa consulta de los generales franceses, abandonaba al enemigo departamentos enteros y posiciones de que éste no se había apoderado. Haciendo la excepción del ejército del Este y de Belfort, sin consultar al ministro de la Guerra de Burdeos, sacrificaba este ejército y el mismo Belfort, con que los alemanes hubieran podido quedarse, como se quedaron con Metz y Estrasburgo. En medio del tumulto de los acontecimientos, estas faltas casi pasaron inadvertidas, y cuando sus consecuencias se dejaron sentir cruelmente, se hizo recaer la responsabilidad sobre los que no las habían cometido, sin que nadie se acordase apenas de los verdaderos y únicos culpables.

Hasta el 15 de febrero no se hizo extensivo el armisticio á los departamentos del Jura, Doubs y Costa de Oro, en virtud de una cláusula adicional que estipuló también las condiciones del abandono de Belfort. La heroica guarnición de la gloriosa ciudad evacuó la plaza el 17 y el 18 de febrero, á las órdenes de su jefe el coronel Denfert-Rochereau, con armas y bagajes y todos los honores de la guerra.

VII

La asamblea nacional constituyó su mesa definitiva el 16 de febrero, y ello fué significativo como indicación de las tendencias políticas de la Cámara: de los catorce individuos que la componían, sólo dos eran republicanos, el presidente, Julio Grevy, y un secretario, el señor Bethmont. Grevy debió mucho menos esta elección á su gran autoridad, á su perfecta corrección constitucional, á sus indiscutibles cualidades de orador, que á su abstención en 4 de septiembre y á su retraimiento durante la guerra.

Apenas constituida, la asamblea celebró dos importantes sesiones, una el 17 y otra el 19 de febrero. Se acercaba la expiración del armisticio y muchos diputados deseaban que la asamblea negase de antemano su asentimiento á la cláusula del convenio de 28 de enero que estipulaba la cesión de la Alsacia y la Lorena á

Alemania. El Sr. Keller había presentado una proposición en este sentido, y la Cámara, después de haber votado en pro de la urgencia de la discusión, parecía dispuesta á aplazar para el día siguiente el examen por las secciones. Rochefort combatió el aplazamiento y fué apoyado por Thiers que, en breves palabras decisivas, convenció á la asamblea de la necesidad de un examen inmediato.

Thiers no ocupaba aún el poder, pero ya no estaba en la oposición, desde que el sufragio universal le había dado más de dos millones de votos. Su perspectiva se agranda, su clarevidencia aumenta, habla y obra ya como verdadero hombre de gobierno. Demuestra también que los nombres y las reputaciones revolucionarias no le asustan; se impone á la asamblea que, una hora después, ha de delegarlo al poder ejecutivo de la República francesa, y pronunciándose en favor de la paz y obligando á la Cámara á proclamar su opinión, quita de antemano fuerza á los negociadores que Bismarck espera en Versalles.

A propuesta de los Sres. Grevy, Dufaure, Rivet, Vitet y Malleville, Thiers es elevado á la suprema magistratura, por una decisión casi unánime de la asamblea nacional.

Thiers sólo empleó un día en la constitución de su gabinete que comprendió los señores siguientes: Dufaure en Gracia y Justicia, Julio Favre en Negocios extranjeros, Ernesto Picard en el Interior, Julio Simón en Instrucción pública, Bellas Artes y Cultos, Larcy en Obras públicas, Lambrecht en Agricultura y Comercio, el general Leflô en Guerra y el almirante Pothuan en Marina. La cartera de Hacienda, reservada desde luego al Sr. Buffet, fué dada pocos días después al Sr. Pouyer-Quertier. Desde el punto de vista de la competencia, este gabinete ofrecía garantías muy serias. Las opiniones de sus miembros eran las del centro derecho ó de la izquierda; los legitimistas no habían obtenido más que una cartera, la de Obras públicas, concedida al señor de Larcy, antiguo miembro de la Unión liberal en tiempo del imperio.

Los puestos otorgados á los antiguos miembros del gobierno de la Defensa nacional indican el eclecticismo que presidió á las elecciones de Thiers. Julio Favre, Julio Simón y Leflô conservaban las carteras que habían desempeñado durante la Defensa nacional; Picard regentaba la que en 4 de septiembre había tenido que ceder á Gambetta. Estos cuatro ministros eran republicanos; uno de ellos, el general Leflô, era republicano católico; los otros tres pertenecían á la fracción del gobierno de la Defensa nacional que, durante los últimos días, había luchado enérgicamente contra las pretensiones de Gambetta. Por esto eran impopulares en París y carecían de autoridad en su propio partido. Los motivos que Thiers había tenido para elegirlos y que los monárquicos tenían para tolerarlos no eran de tal naturaleza que les valiese las simpatías republicanas. Julio Favre se hallaba además bajo el peso de la reprobación, justificada ó no, que se había manifestado contra el firmante de la capitulación. Ernesto Picard pasaba por ser el inspirador del periódico *El Elector libre*, que el gobierno de la Defensa nacional había tenido que desautorizar varias veces durante el sitio. Julio Simón, antes de ser enviado á meter en cintura á la Delegación